

ACERCA DE LA EXPERIENCIA DEL SINSENTIDO EN LA LOCURA Y LA NORMALIDAD

About the nonsense experience in madness and normality

*José Cortés Briones**

Resumen

La psicosis es un trastorno desconcertante en el cual convergen una variedad de síntomas distintos. Pese a lo extraño de sus manifestaciones, la locura parece vincularse profundamente con la normalidad en aspectos tan importantes como el lenguaje, la religión y el sinsentido. Desde este punto de vista, el estudio filosófico de esta condición pudiera servir para aclarar algunas zonas oscuras de la experiencia humana normal. El presente artículo es una reflexión en torno a la locura, el lenguaje y el sinsentido, usando como eje central de la discusión algunos conceptos tomados de Wittgenstein.

Palabras clave: locura, psicosis, esquizofrenia, sinsentido, Wittgenstein, lenguaje

Abstract

Psychosis is a disconcerting disorder that gathers a variety of different symptoms. Despite its strange manifestations, in many important aspects such as language and religion, madness seems to be deeply related to normality. From this point of view, the philosophical study of this condition could be useful to clarify some dark zones of normal human experience. The following article is a reflection about madness, language and nonsense, using some of Wittgenstein's concepts as a focal point for the discussion.

Key words: madness, psychosis, schizophrenia, nonsense, Wittgenstein, language

Se reflexiona, aquí, sobre la experiencia del sinsentido, entendido como una transgresión de los límites de lo posible y de lo decible. La discusión se centrará en las consecuencias del encuentro con el sinsentido, poniendo especial énfasis en los efectos desastrosos que este tipo de experiencias puede tener en sujetos predispuestos a la psicosis. Usando ideas tomadas de Wittgenstein, se intentará mostrar que la predisposición a la psicosis y las características de algunos de sus síntomas pueden entenderse como el resultado de una rigidez estructural —propia de esta enfermedad— de los juegos de lenguaje jugados por estos sujetos. Para ilustrar estas ideas, se relatarán algunos casos psiquiátricos reales observados por Cortés y se

analizará, desde el marco conceptual presentado, el famoso caso de Daniel Paul Schreber. Finalmente, se hará una síntesis de lo expuesto y se propondrán algunas ideas nuevas relacionadas con temas sin tratar.

El modo cotidiano de estar-en-el-mundo (*In-der-Welt-sein*)¹ suele ser ciego a la enorme cantidad de creencias² infundadas que lo sostienen. Por ejemplo, no solemos darnos cuenta de que, en cualquier momento, nuestro sillón favorito podría pegar un brinco y comenzar a dar vueltas de carnero. A lo que voy es que, tal como mostró Hume en el siglo XVIII (1740:2005) parece ser que no hay nada, además de la costumbre, que garantice que las cosas seguirán ocurriendo del modo en que han ocurrido hasta ahora. Desde este punto de vista, por ejemplo, nuestra creencia o más bien nuestra certeza³ de que las cosas caen hacia abajo ¿no es en cierto punto un delirio?⁴

Estas ideas que acabo de atribuir a Hume ya habían sido planteadas antes que él —a partir del escepticismo pirrónico tal como en los siglos II y III lo transmite Sexto Empírico— con la diferencia de que la solución que se encontró al problema que mostraban fue distinta. Así, en el siglo XVII, Descartes, tratando de encontrar un sustrato cierto para la ciencia, se vio enfrentado al mismo problema al descubrir que, al parecer, lo único que da sustento al orden del mundo es un conjunto de creencias infundadas donde no hay lugar para la certeza, ya que no habría nada que garantice que las cosas son tal cual se las percibe.⁵ Después de asegurar su propia existencia con el famoso *ego cogito sum* (*yo pienso, existo*), Descartes logró sortear su *impasse* epistemológico introduciendo un *deus ex machina, es decir, demostrando racionalmente* la existencia de un Dios bueno, garante de la Verdad, que no lo

¹ El uso que le doy a la expresión “estar-en-el-mundo” remite al concepto *In-der-Welt-sein* al modo como lo usa Heidegger (1927) en *Sein und Zeit*. *Estar-en-el-mundo* es la traducción que Rivera (2000) da al término heideggeriano en su traducción de esta obra.

² El término “creencia” se referirá a aquellas ideas que, pese a ser sostenidas con fuerte convicción, por medio de razonamientos pueden ser puestas en duda por sujetos a quienes pertenecen.

³ Con el término “certeza” se referirán aquellas ideas de las cuales los sujetos están convencidos de manera *absoluta*, en tanto son incapaces de dudar de su veracidad pese a que su falsedad pueda ser demostrada por medio de argumentos racionales.

⁴ Los delirios corresponden a un tipo de pensamientos psicóticos cuya veracidad es sostenida por los sujetos de manera absoluta, apodíctica, independientemente de la existencia de evidencia refutatoria. En este sentido, los delirios serían *certezas*. Esta característica de las creencias delirantes fue llamada por Jaspers *incoregibilidad del delirio*.

⁵ La angustia frente a la falta de un fundamento cierto para las cosas ha sido llamada ‘angustia cartesiana’, aunque, como veremos, su origen podría ser mucho más antiguo, al menos tanto como la mitología babilónica, semítica y griega. Para la introducción y definición del concepto ‘angustia cartesiana’, *Cfr.* Francisco Varela, Evan Thompson y Eleanor Rosch. *De cuerpo presente* (1991). Barcelona: Gedisa, 1997.

Acerca de la experiencia del sinsentido en la locura y la normalidad

dejaría engañarse completamente en su conocimiento de las cosas (Cfr. la primera de las *Meditaciones* metafísicas de Descartes, 1641).

¿Qué tiene que ver todo esto con la experiencia del sinsentido en la locura? Bastante, porque este dilema denunciado por los filósofos no parece ser exclusivo de los hombres “rationales”, pues también está presente en el corazón mismo de la locura. Para ilustrarlo —y reservándome la confidencialidad— relataré el testimonio real de dos esquizofrénicos entrevistados por mí. El primero, estando en estado de *trema*,⁶ en un momento de mucha angustia, dijo lo siguiente: “Mi problema es *la duda*, dudo de todo... yo sé que la sopa es comida porque desde chico me dijeron que era comida pero quizás no sea... yo sé que esa mesa está ahí pero en realidad quizás no está”. Al preguntársele si había algo de lo cual no dudara, respondió: “Dios”.⁷ El segundo sujeto, en un estado menos angustioso que el anterior, planteó lo siguiente: “Los niños son felices y juegan porque no conocen *el vacío*, cuando uno es grande conoce el vacío, ya no se siente completo... por eso la gente va a la iglesia para volver a sentirse completa... Dios sabe todas las respuestas, hace todas las cosas por algo”. Curiosamente, el segundo sujeto —en otras oportunidades— también ha mencionado que la duda le trae problemas: “Cuando uno conoce *el mal* se mete *la duda* de si uno va a poder hacer las cosas... uno ya no se siente completo, siente *el vacío* y los pensamientos hacen dudar de que uno va a poder hacer el bien y actuar de corazón y no quedarse paralizado con la duda... hay que tener fuerza y no caer en la tentación de darle vida a los pensamientos de duda”.

Si les tomamos la palabra a estas personas, parece ser que el problema de la consistencia del mundo, de su sustrato de certeza, se juega como algo que los toca profundamente, tanto o más que a nosotros que, en este punto, quizás estemos más alienados que ellos. La pregunta que surge es ¿en qué se diferencia la aproximación a la duda de los psicóticos de aquella propia de personas “rationales” como, por ejemplo, Descartes? Si bien en ambos casos la duda corrosiva, el vacío, *el mal* que amenaza el orden del mundo puede ser controlado por la figura de un Dios bueno, garante de la Verdad indubitable, para los “normales” la existencia de Dios, del *deus* de Descartes, no se salva de la duda, pues se funda, o bien en creencias o bien en razonamientos que, como tales, son susceptibles de ser puestos en cuestión. En cambio, para los psicóticos la existencia de Dios se funda en la *vivencia* de una *certeza*

⁶ El psiquiatra alemán Klaus Conrad (1958) fue el primero en usar este concepto para referirse al estado de tensión angustiosa característico de la fase inicial de la esquizofrenia. Conrad dice haber tomado este concepto del lenguaje teatral, en el cual los actores llaman “*trema*” al estado de tensión por el que pasan justo antes de entrar a escena.

⁷ Compárese este testimonio con la primera “meditación” de Descartes que, a mi juicio, parece ser una excelente descripción de un tema esquizofrénico.

indubitable, delirante o, en palabras de Jaspers, incorregible, una de las características de los pensamientos propiamente delirantes.

Desde este punto de vista, tener acceso a la experiencia de la certeza, en contraposición a la creencia, es un rasgo que permitiría distinguir a psicóticos de normales. Sin embargo, si miramos con más detenimiento, nos daremos cuenta de que la certeza no siempre ha estado fuera del alcance del hombre normal. Pensemos en la infancia; parece ser que la certeza no se presenta como algo completamente ajeno a la mentalidad infantil, ya que basta ver, por ejemplo, la firmeza absoluta con que los niños dicen cosas como: “los niños buenos se van al Cielo”. El Cielo no parece una hipótesis sino un *factum* de su vida cotidiana. En este sentido, retomando las palabras de uno de los psicóticos mencionados más arriba: así como los niños no conocen *el vacío, el mal* que hace dudar, los psicóticos —podríamos agregar— en lo que se refiere a sus creencias delirantes, tampoco. Según parece, a diferencia de los psicóticos, en algún momento del desarrollo los niños se hacen capaces de introducir en su pensamiento la duda que degrada las certezas en creencias. ¿No serán, acaso, un testimonio de esta sustitución la infinidad de porqués con que, a cierta edad, los niños pequeños bombardean a sus padres? ¿No serán acaso intentos por recuperar una certeza perdida?

Por algún motivo que no entraremos a discutir, los psicóticos no habrían vivido adecuadamente la sustitución de la certeza infantil por la creencia adulta, lo cual, hasta antes de la enfermedad, les habría permitido mantenerse en el estado de gracia de la certeza. Desde este punto de vista, la sensación angustiada de que el mundo ha perdido consistencia y la perplejidad que se observan en el inicio de la psicosis, serían manifestaciones del *descubrimiento* irreversible de la duda, de la posibilidad de que las cosas sean distintas de cómo han sido siempre.

¿Qué hace el psicótico frente a la duda, cómo enfrenta la pérdida del mundo-lleno-de-sentido de la infancia? Volviendo a lo dicho por los pacientes, se puede observar que en ambos casos la Verdad, la certeza perdida no corroída por la duda parece replegarse sobre la figura de *Dios*, de un ser superior bueno, mientras que la duda misma se asocia al *Mal*, al perseguidor, tal como nos muestra el segundo caso, cuya enfermedad está en un estado más avanzado. Tomando el relato del Génesis, podría decirse que habiéndose probado la fruta del Árbol del Conocimiento, es decir, habiéndose introducido el Mal —la duda corrosiva en el seno del pensamiento— no hay vuelta atrás. Querubines con espadas de hoja flameante guardan la entrada al Bien, al paraíso mítico del mundo-lleno-de-sentido asociado a la certeza infantil (Génesis 3:24)

Detengámonos un momento en la asociación entre el Mal y la duda, o más bien, entre el Mal y *lo indeterminado*, aquello que no se ciñe al orden ni a

Acerca de la experiencia del sinsentido en la locura y la normalidad

la certeza. Si hacemos una breve revisión histórica, puede verse que esta asociación no parece ser casual, pues ha estado constantemente acompañando al hombre, contrapuesta a la asociación entre el Bien y el orden. Así, por ejemplo, en la mitología babilónica Marduk, el orden, vence a Tiamat, el caos; en el libro del Génesis, Elohim separa lo *tohu*, lo yermo y vacío, el caos, de la luz y el orden; los griegos temían al *ápeiron*, lo indeterminado opuesto al *kosmos*, lo ordenado; el *horror vacui* del arte árabe y barroco no parece ser otra cosa que una manifestación del mismo fenómeno⁸; en las *Meditaciones* de Descartes la indeterminación absoluta, la imposibilidad de tener cualquier conocimiento cierto, se encarna en la figura de un genio *maligno*, mientras que la Verdad se encarna en un Dios *bueno* (*Primera Meditación*); incluso, actualmente, lo que se ajusta al orden, a lo predecible, al conocimiento surgido del *Método Científico*, se asocia a lo bueno, mientras que las anomalías, lo difuso, la falta de rigurosidad científica, la superstición, se desprecian y se asocian a lo malo. Con estos ejemplos basta para ilustrar lo dicho. Pareciera que para el ser humano hay algo angustiante y siniestro unido a la falta de certeza, a lo indeterminado, hecho que la psicosis —en su estado inicial— no haría más que explicitar.

SINSENTIDO Y TRANSGRESIÓN EN EL INICIO DE LA PSICOSIS

He mencionado que en el inicio del brote psicótico, en el estado de *trema*, los sujetos comienzan a dudar de la certidumbre del mundo que los rodea. Frente a esto, es posible plantear varias interrogantes. ¿Qué es lo que desata la cascada de dudas? ¿Por qué hasta ese momento el sujeto se había mantenido dentro de los parámetros de la normalidad?⁹ ¿Hay alguna característica específica que pueda detectarse en las experiencias vividas justo antes del inicio de la psicosis? Para intentar responder estas preguntas examinaremos, con más detenimiento, el momento de entrada en la enfermedad.

Según se ha observado —y siguiendo a Conrad— antes de que sean capaces de verbalizarlo bajo la forma de dudas, los esquizofrénicos

⁸ El propósito de no dejar espacios sin rellenar con diseños y dibujos en las obras pictóricas y arquitectónicas, se funda en la creencia de que el Mal se aloja en los espacios vacíos. Es interesante considerar que las pinturas de psicóticos frecuentemente dan cuenta del *horror vacui*, ya que en ellas suelen faltar los espacios vacíos.

⁹ Con “parámetros de la normalidad” me refiero a un estado no alucinatorio ni delirante pues, en estricto rigor, los sujetos que posteriormente sufrirán un primer brote presentan varios rasgos cognitivos y de personalidad que los diferenciarían de los normales, por ejemplo, trastorno de personalidad esquizotípico. Cfr. *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales IV*.

comienzan a tener la sensación angustiosa de que *algo* ha cambiado en el mundo. El mundo sigue ahí, tal como siempre; sin embargo, los fenómenos presentan una apariencia extraña, un dejo de irrealidad que, en algunos sujetos, evoca la sensación de que el mundo que los rodea se asemeja más a una película del mundo que al mundo real.¹⁰ Al parecer, a la “totalidad respeccional” (*Bewandtnisganzheit*),¹¹ a la red de relaciones que revisten de significado las cosas del mundo, se ha agregado *algo* difuso, un matiz no verbalizado que tiñe las cosas con una *significación nueva*. ¿De dónde vino esta nueva significación? ¿Qué experiencia la introdujo en la red de significados establecidos del mundo del psicótico?

Justo antes de la aparición de estas primeras manifestaciones, por lo general, he notado que algo, algún personaje u objeto dentro del teatro del mundo, abandona su lugar. Por así decir, se sale del libreto que le corresponde y hace algo inesperado, tan inesperado que, dentro de la red de significados del sujeto, cae en la categoría de *lo imposible* en tanto esta red, tal cual, sin modificaciones, no es capaz de darle sentido. Retomando el ejemplo del comienzo de este artículo, es como si, de un momento a otro, nuestro sillón favorito comenzara a dar brincos de manera *inexplicable*. Ahora bien, lo que se observa en el inicio de la psicosis no es algo tan evidente como un sillón que brinca; sin embargo, dentro de la *forma de vida (Lebensform)*¹² en que vio la luz el modo cotidiano de estar-en-el-mundo del sujeto que comienza a adentrarse en la psicosis, es tanto o más imposible que un mueble que se mueve por sus propios medios. Además, al transgredir el sistema de significados, reglas y valoraciones implícito en el juego de lenguaje que constituye al sujeto y su mundo, el imposible posee una importancia especial, pues interpela al psicótico en lo más profundo de su ser.

¹⁰ Esta sensación de extrañeza con respecto a la realidad, psiquiátricamente recibe el nombre de desrealización. Son interesantes las analogías que se pueden hacer entre estos estados patológicos y la visión cartesiana del mundo como re-presentación.

¹¹ “Totalidad respeccional” (*Bewandtnisganzheit*) se refiere a la totalidad de lazos que ponen en relación a cada ente con todos los demás y, finalmente, con el *Dasein* (el sujeto). Esta totalidad de relaciones constituyen la “condición respectiva” (*Bewandtnis*), el ser del ente intramundano. Las traducciones de estos conceptos heideggerianos fueron tomadas de la traducción de *Sein und Zeit* hecha por Rivera.

¹² Con *forma de vida (Lebensform)* me refiero a la actividad en comunidad o modo de vivir en sociedad en la cual se *habla* un determinado lenguaje. *Cfr.* párrafo 23 de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein (1953/1988). En lo que sigue se citarán las *Investigaciones filosóficas* por medio de las siglas ‘IF’ seguidas del número del párrafo donde aparece la referencia. Los términos alemanes, sus traducciones y las citas en español fueron tomados de la edición bilingüe de García Suárez y Moulines (1988).

Acerca de la experiencia del sinsentido en la locura y la normalidad

Poniéndolo en otros términos, en cada lenguaje, en cada *juego de lenguaje* (*Sprachspiel*), en el sentido que Wittgenstein da a este término,¹³ se encuentra plasmada la forma de vida particular de las personas que, usando una y otra vez las palabras, lo han originado. De este modo, las reglas implícitas que organizan cada juego serían un reflejo de la forma específica en que las personas que los juegan interactúan y realizan sus actividades. Ahora bien, cada forma de vida delimita un conjunto de fenómenos, situaciones e interacciones *posibles* para quienes viven esa forma de vida, segregando, en palabras de Bataille (1957), a la categoría de lo tabú, lo angustioso, lo erótico o *lo imposible* aquellos fenómenos, situaciones e interacciones capaces de *transgredir*¹⁴ la red de reglas y significaciones implícitas plasmadas en los juegos de lenguaje correspondientes. Retomando lo expuesto en torno al desencadenamiento de la psicosis, podría decirse que, de manera previa a los primeros signos de la enfermedad, el sujeto se habría visto enfrentado a una *transgresión* de las reglas y significaciones implícitas en su juego de lenguaje, lo cual significa que, desde su forma de vida, tuvo un encuentro con lo imposible.

Así, los sujetos que se ven enfrentados a vivir formas de vida distintas e imposibles desde el punto de vista de las formas de vida en que crecieron, *transgreden* las normas básicas de estas formas de vida que se encuentran implícitas en sus juegos de lenguaje. Si bien en muchos aspectos los juegos de lenguaje asociados a las formas de vida transgresivas pueden llegar a traducirse a los juegos de lenguaje originales del sujeto —a su lengua materna podría decirse— dependiendo de lo distintas que sean las formas de vida antiguas y nuevas, algunos aspectos asociados a las nuevas formas de vida podrían llegar a ser intraducibles a los juegos de lenguaje originales. En el sentido de Kuhn (1962), habría algo de inconmensurabilidad entre ambos

¹³ Al hablar de *Juego de lenguaje* (*Sprachspiel*) nos estamos refiriendo “al todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretelado” (IF7). En este sentido, un juego de lenguaje es inseparable de la *forma de vida* (actividades en comunidad) donde se usa el lenguaje.

¹⁴ Siguiendo a Bataille (1957) no entenderemos la transgresión (*transgression*) como una simple invalidación o anulación de las restricciones, reglas y significaciones existentes sino, más bien, como una *Aufhebung* hegeliana en tanto la transgresión simultáneamente niega y conserva aquello que transgrede. En este sentido, la transgresión es un concepto que se refiere a la frontera, la “membrana” que separa y comunica lo que se encuentra dentro y fuera de la red de reglas y significaciones posibles del sujeto. De este modo, aquello que no toca en absoluto esta red no podría ser considerado una transgresión. Por ejemplo, dado que en nuestra sociedad la exhibición pública del rostro femenino no se opone específicamente a ninguna de las reglas ni significaciones de la red que delimita el ámbito de lo posible, dicha conducta no es en sí misma una transgresión tal como sí lo es en relación a la red de lenguaje de algunos musulmanes.

José Cortés Briones

juegos de lenguaje ya que, por sí solos, sin modificaciones, poseerían puntos de incompatibilidad irreconciliables.

Pongamos un ejemplo para ilustrar la situación. El cambio en la forma de vida de un minero de Lota que, de un momento a otro, debe abandonar una actividad que ha acompañado a su familia por generaciones para reemplazarla por la actividad de ser el *junior* de una oficina, se acompañará de la modificación del juego de lenguaje puesto en juego en la extracción/actividad del carbón junto a otros mineros, ya que, tal cual, sin cambios, las reglas y significaciones implícitas en éste se hacen inaplicables a la *forma de vida/actividad* de un *junior* de oficina. Así, algunas de las acciones cotidianas dentro de esta nueva forma de vida, como, por ejemplo, ponerse al servicio de una mujer al llevarle café a una secretaria, serían *transgresiones* impensables dentro de la forma de vida/actividad machista de un minero del carbón durante el proceso de extracción/actividad.

Si bien, según mi experiencia, la transgresión y el encuentro con lo imposible precederían la aparición del primer brote, por sí misma esta situación no sería suficiente para desencadenar una psicosis puesto que, como en el caso del minero, los sujetos normales también se ven enfrentados a este tipo de experiencias sin sufrir estas consecuencias. A mi entender, la diferencia entre psicóticos y normales estaría en que mientras los juegos de lenguaje de los normales serían modificables, de tal manera de hacer commensurables e integrar en su red las nuevas significaciones asociadas a la transgresión, los juegos de lenguaje de los psicóticos serían *rígidos*, incapaces de lograr esto sin que se dé inicio a la psicosis. Esta resistencia a incluir significaciones nuevas, transgresivas, se manifestaría en el comienzo del brote como una sensación angustiosa de que a la red de significados del mundo se le ha agregado algo, un matiz, una *significación no verbalizada*, es decir, no integrada a la red de significados del sujeto.

A estos puntos de inconmensurabilidad de un juego de lenguaje en relación a otro los llamaremos puntos *sinsentido*, es decir, puntos en los cuales se hace explícito que un juego de lenguaje o red de reglas y significaciones posibles, es incapaz de traducir en sus términos y dar sentido a aspectos de otro juego de lenguaje sin que se modifique su estructura original para lograrlo, esto es, sin que se le agreguen ni se le quiten partes. Esta manera de entender el sinsentido, desde la inconmensurabilidad y los juegos de lenguaje, permitirá explicar algunas particularidades de la psicosis.

DOS CASOS DE ENCUENTRO ENTRE SINSENTIDO Y PSICOSIS

Desde su nacimiento, F.C. vivió una forma de vida orientada implícitamente por una máxima que, dejando fuera sus matices, para un

Acerca de la experiencia del sinsentido en la locura y la normalidad

observador externo podría enunciarse así: *quien trabaja no fracasa*. El juego de lenguaje jugado por F.C. lo significaba a él y a la realidad, de la manera más profunda, en relación a la máxima mencionada. Antes de su primer brote, F.C. participó en muchos juegos de lenguaje diferentes asociados a muchas formas de vida diferentes. Por ejemplo, fue administrador de un restaurante, trabajó como supervisor en una fábrica de pastas, se casó y, entre otras cosas, instaló un almacén. Sin embargo, pese a su diversidad, en ninguna de estas formas de vida vio puesta en cuestión la red de significaciones del mundo articulada en torno a su máxima familiar.

Así llegó hasta los 25 años, casado, dueño de un almacén, de un departamento y un auto. Las cosas iban bien: hasta el momento el orden del mundo se había mantenido incólume. Sin embargo, un día se instaló un supermercado cerca de su almacén y, en ese momento, como si nuestro sillón comenzara a dar brincos, los fenómenos del mundo dejaron de ajustarse a las reglas del juego. Después de la instalación del supermercado, pese a que trabajó duramente, el mundo no respondió como lo había hecho hasta entonces, pues, a su almacén le fue económicamente mal; en otras palabras, F.C. *fracasó*. Poco tiempo después, el mundo comenzó a parecerle extraño, inquietante; era como si *algo*, un sentido nuevo y difuso, se ocultara detrás de la apariencia cotidiana de los fenómenos. Desde los desarrollos previos, podría decirse que al verse enfrentado a un punto sinsentido, en relación a la red de significaciones articuladas en torno a la máxima de su juego de lenguaje originario (*quien trabaja no fracasa*), F.C., en tanto psicótico, fue incapaz de adaptarse y jugar un juego de lenguaje nuevo (*quien trabaja sí fracasa*), incommensurable con su juego de lenguaje original. La significación nueva no fue integrada y quedó como *algo* misterioso y angustiante que, en el comienzo de la enfermedad, tiñó los fenómenos del mundo.

El siguiente es un caso bastante conocido que ha sido interpretado desde las más diversas teorías. Me refiero al caso del *Senatspräsident* Daniel Paul Schreber, abogado de mediados del siglo XIX y principios del XX, que desarrolló una exitosa carrera dentro del poder judicial de Sajonia. Según cuenta en sus memorias (1911), las primeras manifestaciones de su psicosis se produjeron cerca de los cuarenta años, edad muy tardía para un primer brote psicótico¹⁵, poco tiempo después de haber sido ascendido al cargo de presidente de sala (*Senatspräsident*) del tribunal de Dresde, posición que lo situaba en la cúspide del poder judicial de esa región. Este hecho, aparentemente bueno, parece ser que fue el detonante que lo empujó a la

¹⁵ Menciono este dato porque sugiere que no bastarían las causas biológicas para explicar el desencadenamiento de una psicosis puesto que, al parecer, el sujeto también tendría que enfrentar ciertas circunstancias particulares.

enfermedad. ¿Qué características particulares tuvo la forma de vida que enfrentó al asumir este cargo que no tuvo ninguna de las formas vividas por él hasta ese momento?

Según sus biógrafos (Israëls: 1980), hasta antes de su psicosis, Schreber fue un abogado exitoso que ocupó distintos cargos públicos como abogado y, luego, como juez. Desde este punto de vista, la especificidad de esta nueva forma de vida no podría estar en el simple hecho de ser juez y decidir sobre asuntos legales, ya que antes del brote se había visto confrontado a esta forma de vida sin sufrir mayores contratiempos. En este sentido, debería ser posible encontrar algo más. Si se mira con detención, se puede observar que su cargo de presidente de sala lo enfrentó a algo nuevo que no conoció en ninguno de sus cargos anteriores. Al estar en la cúspide del poder judicial, es decir, al verse obligado a ser la última instancia para apelar en aquellos casos en que leyes ambiguas dejen espacio a la interpretación, Schreber debió llenar, desde sí mismo, los vacíos de la Ley. En otras palabras, no tenía un superior al cual consultar y *obedecer* (como había ocurrido hasta ese momento) ya que él era quien tenía *la última palabra* en materia de Ley.

Las formas de vida vividas por Schreber en su carrera judicial nunca lo habían puesto en la situación de tener la última palabra en materia de Ley, pues, siempre contó con el respaldo de alguna instancia superior. En este sentido, si bien no tenemos datos directos, puede inferirse que dentro de la forma de vida en que creció Schreber, el papel jugado por él no incluía la posibilidad de tener *la última palabra en las decisiones*.

Si bien esta propuesta no pasa de ser una conjetura, es interesante relacionarla con el fuerte control que Moritz Schreber, padre de Daniel Paul, ejercía sobre sus hijos cuando eran pequeños. De esto hay testimonio en los libros sobre crianza infantil escritos por Moritz, en los cuales sugería usar un sinnúmero de aparatos mecánicos y procedimientos diseñados por él con el propósito de orientar y corregir el desarrollo infantil. Según describe, usó estas técnicas con éxito en la educación de sus propios hijos.¹⁶

¹⁶ Para que nos hagamos una idea del carácter de estos métodos, voy describir algunos de ellos y los propósitos que se buscaba conseguir. Para garantizar el desarrollo adecuado de la espalda, durante las noches los niños debían ser amarrados a sus camas con correas, inmovilizados en la posición correcta; para evitar malas posturas, los niños debían usar una estructura metálica que restringía el movimiento de la cabeza fijándola a los hombros; para evitar la masturbación infantil, los niños debían usar unos aparatos que se fijaban a sus genitales; para asegurar una buena postura al escribir, se debía fijar a la mesa de trabajo un aparato metálico que limitaba los movimientos inadecuados del niño, etc. *Cfr.* Israëls (1989).

Acerca de la experiencia del sinsentido en la locura y la normalidad

RECAPITULACIONES

En ocasiones, enfrentamos formas de vida que transgreden el ámbito de lo posible en relación con nuestras formas de vida previas. En estos casos, sucede que las significaciones posibles¹⁷ dentro de los juegos de lenguaje entrelazados a las formas de vida previas se muestran, en algunos *puntos*, insuficientes para traducir a cabalidad, para formular en sus propios términos, las significaciones posibles dentro de los juegos de lenguaje entrelazados a las formas de vida nuevas.

Los *puntos de inconmensurabilidad*, de *sinsentido* entre juegos de lenguaje distintos no siempre son detectados por los sujetos a quienes atañen, ya que, en algunas circunstancias, éstos siguen jugando el juego de lenguaje de su forma de vida previa sin darse cuenta de la incompatibilidad entre estas significaciones (reglas, valoraciones y mandatos implícitos) y las significaciones del juego de lenguaje jugado en la forma de vida nueva (por ejemplo, si al estar de visita en un país occidental, un hindú come una hamburguesa de vacuno pensando que, al igual que en su forma de vida cotidiana, está hecha con carne de soja). En otras oportunidades, en cambio, la inconmensurabilidad de las significaciones golpea a los sujetos de frente, ya que las nuevas formas de vida los fuerzan a modificar las significaciones implícitas en sus juegos de lenguaje (por ejemplo, la nueva forma de vida que enfrentaron los rugbistas uruguayos que cayeron en la cordillera chilena en la década del setenta, los forzó a modificar provisionalmente las reglas implícitas en sus juegos de lenguaje pues, para sobrevivir, debieron alimentarse con carne humana).

Pese a las consecuencias traumáticas¹⁸ del encuentro con el sinsentido, si se ven forzados a vivir formas de vida imposibles, de una u otra manera los sujetos normales pueden lograr que sus juegos de lenguaje den cabida, es decir, den sentido, aunque sea como algo sin sentido,¹⁹ a las significaciones

¹⁷ En las “significaciones posibles” dentro de un juego de lenguaje se encuentran contenidas todas las reglas y valoraciones que, en el trato cotidiano entre las personas, se ponen en práctica en la forma de vida que les corresponde.

¹⁸ Las pesadillas, flashbacks, ansiedad intensa, etc. que acompañan al “trastorno de estrés postraumático”, serían las consecuencias típicas del encuentro con un punto de sinsentido extremo (por ejemplo, violaciones, accidentes graves, etc.). Cfr. *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales IV*.

¹⁹ Vivir una determinada forma de vida puede ser tan opuesto al juego de lenguaje del sujeto que, incluso, como fue el caso de Sócrates, puede conducirlo al suicidio como una forma de resistirse a vivir la nueva forma de vida. Ni aun en este caso, para un sujeto normal, la nueva forma de vida carece de significación desde el juego de lenguaje original, ya que se la significa como una vida que no es digna de vivirse o bien como una forma de vida sinsentido. En la

inconmensurables de la nueva forma de vida sin sufrir un colapso psicótico en el proceso.²⁰ En otras palabras, los juegos de lenguaje de los esquizofrénicos —a diferencia de aquellos pertenecientes a los normales— serían rígidos, fijos, incapaces de modificarse para integrar significaciones sinsentido, inconmensurables, sin que se desencadene un brote.

En los comienzos de la enfermedad, luego del encuentro con el sinsentido, al no ser susceptible de ser integrada en la red de significaciones del juego de lenguaje del sujeto, la nueva significación queda a la deriva, no verbalizada, manifestándose como un halo misterioso adherido a las cosas del mundo. El sujeto experimenta la sensación angustiosa de que detrás de las apariencias, detrás de la red de significaciones cotidianas del mundo, existiría una significación difusa que, sin embargo, lo toca profundamente.²¹

Luego del choque con lo inconmensurable, al igual que en los normales, el juego de lenguaje del psicótico se encarga de significar el agujero sinsentido surgido en su seno, es decir, parafraseando a Wittgenstein del *Tractatus* (1922): Si todo procede como si un *sinsentido* tiene significado, entonces tiene significado (*Cfr.* proposición 3.328). Esta operación que, en la psicosis, después de un arduo trabajo intelectual,²² logra circunscribir lo indeterminado en *el perseguidor* (*e.g.* el diablo, la CIA, los extraterrestres, etc.)²³ y lo ordenado en un *ser protector* (*e.g.* Dios, la Virgen María, los cyborg, etc.), posee un efecto curativo en tanto el restablecimiento de la red de significados, sin importar lo delirante que sea, calma la angustia asociada al sinsentido.²⁴

psicosis, en cambio, la inconmensurabilidad de la nueva forma de vida quedaría como una significación difusa, inverbalizable, tal como se observa en el tema.

²⁰ Al hablar de colapso me refiero a los delirios, a las alucinaciones, a los síntomas negativos (abulia, aplanamiento afectivo, etc.) y a los trastornos de la estructura formal del pensamiento (pérdida del principio de finalidad del pensamiento, laxitud de las asociaciones, etc.).

²¹ La significación sinsentido lo toca profundamente porque pone en cuestión el juego de lenguaje que articula al sujeto.

²² En repetidas oportunidades he podido observar a pacientes psicóticos que sostienen que se enfermaron “de tanto pensar”. Al parecer, antes del establecimiento del delirio que da sentido a la experiencia, los sujetos realizan un arduo trabajo intelectual para dar coherencia al cúmulo de experiencias sinsentido (por ejemplo, sensación angustiosa de que algo está pasando, alucinaciones, etc.) que los invaden.

²³ Estos ejemplos y los ejemplos de “seres protectores” fueron tomados del relato real de sujetos esquizofrénicos entrevistados por mí.

²⁴ En la psicosis, el efecto curativo del establecimiento de un juego de lenguaje capaz de significar el sinsentido, se observaría en que la angustia asociada al humor delirante (sensación angustiosa de que algo misterioso está pasando) de los primeros momentos de la enfermedad, disminuye de manera importante cuando el sujeto logra formular una explicación delirante que dé sentido a los fenómenos (por ejemplo, a las alucinaciones). Esta descripción de la fase inicial de la esquizofrenia se ajusta a la descripción de Conrad.

Acerca de la experiencia del sinsentido en la locura y la normalidad

Como resultado de la rigidez que caracterizaría sus juegos de lenguaje, en la psicosis (a diferencia de la normalidad en la cual los significados de las palabras pueden modificarse según el sujeto se movlice de un juego de lenguaje a otro) los significados asociados a las redes de lenguaje de los delirios se cristalizan y se transforman en los únicos que el sujeto puede jugar. De este modo, por ejemplo, si el paciente relata que el diablo lo persigue, no es que *crea* que el diablo lo persigue sino que *lo sabe*, tiene una certeza absoluta, irrefutable sobre este hecho. En otras palabras, si el perseguidor es el ropaje con que el juego de lenguaje del sujeto viste al sinsentido introducido en su experiencia, parece ser —y los neurolépticos atípicos constituirían una manera— que una vez que se ha puesto este ropaje no se lo puede volver a sacar, al menos no con los intentos voluntarios del sujeto o de sus interlocutores

Ahora bien, la inflexibilidad de los juegos de lenguaje psicóticos también sería observable en su uso cotidiano del lenguaje, en fenómenos como la tendencia a interpretar de manera literal metáforas, ironías y lenguaje figurativo.²⁵ Por ejemplo, al preguntársele qué significa el refrán: “cuando el río suena piedras trae”, un esquizofrénico respondió: “si un río suena es porque está arrastrando piedras”. Es decir, para los psicóticos el significado de las palabras no se adaptaría a los cambios que, a cada momento, se producen en los juegos de lenguaje del entorno, sino que se mantendría fijado al significado que las palabras adquirieron en sus formas de vida previas.

Si efectivamente esto es así, ¿Por qué estas situaciones no descompensan a los sujetos aun cuando sus juegos de lenguaje, al igual que en el brote, se muestran insuficientes para ajustarse a las circunstancias? En estos casos, si bien el juego de lenguaje de los psicóticos se muestra incapaz de ajustarse a los sentidos puestos en juego en la situación, esta insuficiencia, la literalidad de sus respuestas, les pasa desapercibida a los sujetos pues, desde su punto de vista, la interpretación que dan a las metáforas es adecuada pese a que, para nosotros, no lo sea. De esta forma, no se ven realmente enfrentados a responder a algo que no pueden, pues no detectan su insuficiencia.

Se mencionó que *la pérdida* del mundo-lleno-de-sentido de la infancia que seguiría al descubrimiento de la duda, de la posibilidad de que las cosas sean distintas a como han sido siempre, se manifestaría en la seguidilla de porqués con que los niños pequeños acosan a sus padres. Junto a esto, considero que existe otra manifestación de esta misma *pérdida*, más sutil y, quizás también, más importante. Uno de los casos citados vinculó *la duda* con algo

²⁵ Cfr. Galina Iakimova, Christine Passerieux y Marie-Christine Hardy-Baylé. “Interpretation of ambiguous idiomatic statements in schizophrenic and depressive patients. Evidence for common and differential cognitive patterns”. *Psychopathology* 39 (2006): 277-285.

José Cortés Briones

que llamó *el vacío*, el cual sería una característica propia de los adultos, puesto que los niños estarían *completos* (“los niños son felices y juegan porque no conocen el vacío, cuando uno es grande conoce el vacío”). Si consideramos la naturaleza del vacío tal cual es descrito, corresponde a *una falta*, a *una pérdida* que en la adultez se intentaría reparar por medio de la religión (“la gente va a la iglesia para volver a sentirse completa”) (*id.*).

El deseo, ese empuje que guía nuestras vidas de acuerdo a un proyecto vital que va más allá de la mera satisfacción de las necesidades de la supervivencia, en tanto deseo, siempre es deseo de *algo*, de algo que *falta*. Considerando que tanto la posibilidad de dudar como el deseo se sustentan en la introducción de la falta en el seno del pensamiento, quizás sea posible equiparar ambas faltas y sostener que, en el fondo, el problema central de la psicosis sería que, durante la infancia, no se introdujo *La falta*. Desde este punto de vista, además de la rigidez característica de sus juegos de lenguaje, los psicóticos debieran presentar alteraciones a nivel del deseo, en tanto ambos trastornos se sustentarían en una misma falta. Consecuentemente con esto, dentro de la sintomatología de la esquizofrenia hay varias manifestaciones relacionadas con una ausencia o disminución del deseo. Así, por ejemplo, la apropositividad vital (falta de un plan vital que ordene la vida), la abulia (falta de motivación) y el automatismo al mandato (obediencia automática a los mandatos de otros), podrían considerarse como mermas del deseo propio.

Hay muchas otras características de las psicosis que sería interesante estudiar filosóficamente. Así por ejemplo, el uso espontáneo de neologismo por parte de los esquizofrénicos podría ser un punto interesante para discutir la argumentación de Wittgenstein (1953) en contra de los lenguajes privados. De igual modo, explorar las características de juego de lenguaje jugado entre el psicótico y sus voces alucinadas podría traer luz sobre algunos aspectos oscuros de la relación del sujeto consigo mismo en el diálogo interno. Considerado esto, creo que investigar la locura desde la filosofía puede llegar a ser una herramienta útil para lograr nuevos desarrollos en áreas centrales de esta disciplina, como, por ejemplo, la conciencia, el lenguaje, el significado, la duda y la certeza. En este sentido, por extraño que parezca, la locura podría ayudarnos a insuflar un poco de aire a algunos atolladeros epistemológicos que, gracias a la porfía cogitativa de nuestra razón, nos han perseguido desde la antigüedad.

*Universidad Católica de Chile**
Escuela de Psicología
Av. Vicuña Mackenna 4860, Macul, Santiago (Chile)
jcortebr@uc.cl

BIBLIOGRAFÍA

- AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION. *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales IV*. Texto revisado (DSM-IV-TR). Barcelona: Masson, 2002.
- BATAILLE, Georges. *El erotismo* (1957). Barcelona: Tusquets, 2002.
- CONRAD, Klaus. *La esquizofrenia incipiente: ensayo de un análisis gestáltico del delirio* (1958). Madrid: Fundación de Neurobiología, 1997.
- DESCARTES, René. *Meditaciones metafísicas* (1641). Madrid: Gredos, 1997.
- HEIDEGGER, Martín. *Sein und Zeit* (1927). 19ª edición. Tübingen: Max Niemeyer Verlag, 2006.
- *Ser y tiempo* (1927). Trad. J.E Rivera. Santiago: Universitaria, 2000.
- HUME, David. *Tratado de la naturaleza humana* (1740). Madrid: Técnos, 2005.
- IAKIMOVA, Galina; Passerieux, Christine y Hardy-Baylé, Marie-Christine. "Interpretation of ambiguous idiomatic statements in schizophrenic and depressive patients. Evidence for common and differential cognitive patterns". *Psychopathology* 39 (2006): 277-285.
- ISRAËLS, Han. *Schreber: Father and son* (1980). Madison: International Universities Press, 1989.
- JASPERS, Karl. *Psicopatología general* (1913). México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- KUHN, Thomas. *Estructura de la revolución científica* (1962). México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- SEXTO EMPÍRICO. *Esbozos pirrónicos*. Madrid: Gredos, 2002.
- SCHREBER, Daniel Paul. *Memorias de un enfermo nervioso* (1911). Buenos Aires: Perfil Libros, 1999.
- VARELA, Francisco; Thompson, Evan y Rosch, Eleanor. *De cuerpo presente* (1991). Barcelona: Gedisa, 1997.
- WITTGENSTEIN, Ludwig. *Investigaciones filosóficas* (1953). Trad. Alfonso García Suárez y Ulises Moulines. Barcelona: Crítica, 1988.
- *Tractatus lógico-philosophicus* (1922). Madrid: Alianza Editorial, 2002.